

cho más elevados, respondiendo a las necesidades más apremiantes de su Estado natal: TIERRA Y JUSTICIA.

Emiliano Zapata, valiente hasta la temeridad, pronto consiguió sobresalir de entre los suyos y hacerse cabecilla, reuniendo en poco tiempo en torno suyo un ejército verdaderamente formidable, pues cuando lo encontramos en Jantetelco preparándose para el ataque a Jonacatepec, contaba con más de dos mil hombres, comandado aquel ejército por otros varios cabecillas que lo reconocían como único jefe supremo en el sur.

En páginas posteriores habrá ocasión de que conozcamos con más amplitud la entidad moral de este indomable guerrillero, a quien se le hace responsable de crímenes sin cuento, que nunca ha soñado cometer, y cuyo nombre repercute mil y mil veces con asombro y con horror por todos los ámbitos del mundo.

## CAPITULO XXI

*La tragedia de Jonacatepec*

La plaza de Jonacatepec estaba guarnecida por noventa federales al mando del heroico capitán León, cuya memoria es un ejemplo de valentía militar; veinticinco a treinta rurales del Estado, una docena de gendarmes municipales de a pie y unos cuantos vecinos, elementos que, en su totalidad, no llegaban a ciento cincuenta.

La situación de Jonacatepec era en extremo angustiosa, toda vez que las fuerzas del coronel Aguilar, que se encontraban en Yautepec y Cuautla, habían regresado a México para marchar al norte, que era lo que más preocupaba entonces al agonizante gobierno del general Díaz. Así, pues, las esperanzas de recibir auxilio tan inmediato como lo requería el caso, se habían perdido.

Zapata, que conocía perfectamente estas circunstancias, quiso aprovecharlas sin pérdida de tiempo.

La madrugada del día primero de mayo ordenó que toda la gente se dispusiera para la marcha.

Se organizaron tres columnas, una al mando de Jesús Morales (a) "El Tuerto," compuesta de quinientos hombres, que salió desde luego con instrucciones secretas, rodeando la hacienda de Santa Clara, atravesando los cañaverales y perdiéndose a los pocos minutos de nuestra vista. Este movimiento encerraba dos fines: primero, hacer una retirada fin-

gida, para que la guarnición de Jonacatepec, enterada de esto, se encontrara desprevenida, y segundo, para que se posesionara de los cerros que están a la entrada de Jonacatepec, durante la noche, sin ser visto. Los fines que el "general" perseguía con la retirada de Morales, para todos eran desconocidos.

Las otras dos columnas estaban compuestas también de quinientos hombres cada una, al mando de Amador Salazar y Enfemio Zapata. El resto de la gente quedó al mando directo de Emiliano.

Permanecimos acuartelados en Jantetelco.

Después de medio día salimos rumbo a Jonacatepec, tomando la columna de Amador el camino de Santa Clara, con instrucciones de detenerse en las goteras del pueblo, por el barrio de Veracruz. Nosotros seguimos hasta llegar al paraje de las Tinajas.

"El general" me ordenó que escribiera una comunicación al jefe político de Jonacatepec, en la que se pedía la rendición inmediata de la plaza, advirtiéndole que en caso de oponerse, empezaría el ataque a las seis de la mañana del día siguiente, 2 de mayo.

Por su parte, el Tuerto Morales había mandado una partida de cincuenta hombres hasta Pastor, para que destruyeran los hilos del telégrafo y quemaran los puentes de la Cuera y otras alcantarillas, con objeto de impedir la llegada de fuerzas federales.

Después de una larga hora de espera, llegó nuestro emisario con la contestación del capitán Esnaurrizar.

"No entregaré la plaza. Venga a tomarla si puede." Esta fué la contestación lacónica, seca y muy digna de un militar que está dispuesto a morir antes que rendirse.

El general no pronunció palabra; en su semblante de esfinge no se notó la más leve contrariedad. Me pasó el pliego firmado por Esnaurrizar para que lo archivara, como comprobante ante la historia, de que se habían puesto de nuestra parte todos los medios posibles para evitar el derramamiento de la sangre hermana. Algunos de los cabecillas al ver la co-

municación cuando la guardaba en mi archivo, soltaron roncadas carcajadas.

—¡Vaya una bravata!—dijo uno.

—Es una estupidez—murmuró otro.

—Es un deber—repuso sécamente "el general."

Bajo un cielo gris que por momentos se ennegrecía más y más, tanto porque la noche se avecinaba, como porque una tormenta se ponía por el rumbo de Zacualpan, tendimos nuestro campamento. Ruidos de espuelas que se hundían en la tierra y tropiezan con las piedras; de machetes que chocan contra las botas de los "coroneles;" de cerrojos de fusiles que se inspeccionan, relinchos de caballos, imprecaciones, una que otra carcajada.....

—Vaquero—dijo el general al ayudante de órdenes,—ordena al cuerno (1) que toque silencio.

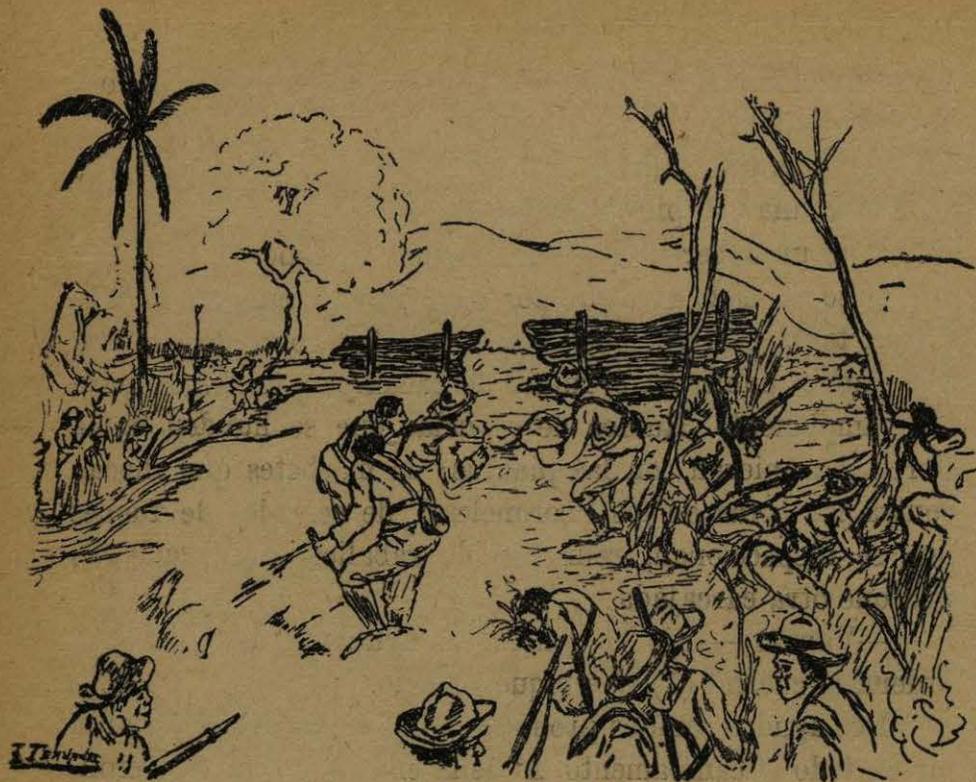
Dos agudos sonidos producidos por el cuerno, se dejaron oír en todo el campamento. Aquella enorme turba indisciplinada, sosegóse, minoró el murmullo y poco a poco el campamento fué quedando sumido en el más absoluto silencio.

La noche estaba oscura y algo húmeda.

A lo largo por donde se extendía el campamento, se veían aquí y allá, en el fondo negro de la noche, multitud de pintas rojas, producidas por los cigarrillos de los muchachos, que daban un aspecto fantástico, recordándome los cuentos aquellos de las brujas.

Por fortuna, el tiempo fué clemente con nosotros, y aunque por el rumbo de Zacualpan con frecuencia se rasgaba el cielo por los relámpagos que precediendo al trueno iluminaban todo el campamento, ni una gota de agua cayó por nuestro rumbo.

(1). El cuerno de caza desempeña las veces de clarín.



\* \* \*

A las cuatro de la mañana toda la gente estaba en pie y lista para el combate.

Nuestros espías nos habían informado que el capitán León, jefe de la guarnición federal, y el capitán Esnaurrizar, jefe político, habían dispuesto sus hombres convenientemente, coronando las azoteas de los edificios más altos, ocupando las torres de la parroquia y destacando avanzadas a las tres salidas del pueblo por donde se sabía que iba a ser atacada, perfectamente atrincheradas.

Todas estas medidas, sabiamente dispuestas y de igual modo ejecutadas; la disciplina militar de los "juanes," superiores a nosotros en táctica y conocimientos de guerra; la forma oculta en que ellos se encontraban al abrigo de nues-

tras balas, si no nos atemorizaba, sí nos hacía presentir un descalabro, en caso de que alguna de las tres columnas se durmiera y no se atacaba la plaza simultáneamente como se había convenido, porque guarnecidas como estaban las entradas del pueblo, antes de entrar había que sembrar el suelo de cadáveres. Pero había que tomar la plaza. El general lo había dicho.

A la hora convenida, Eufemio, que tenía el mando de la columna que debía entrar por "Las Tinajas," hizo avanzar su gente. Cuando se hubo puesto en contacto con las avanzadas del gobierno, ordenó la iniciación del combate, y sus dinamiteros, muchachos la mayor parte de catorce a dieciséis años, lanzaron las primeras bombas, que hicieron estremecerse a la población, sobrecogiéndola a sus habitantes de un terror pánico indescriptible. El estallido de las primeras bombas, como un terrible grito de guerra a muerte, era la señal para que entre asaltantes y asaltados se desatara implacable y feroz una lucha encarnizada que a los pocos momentos de empezar, dejaba el suelo tinto en sangre y regado de cadáveres.

Los dinamiteros de las otras columnas rompieron también sus fuegos.

Los federales, por su parte, abrieron los suyos. A los pocos minutos se generalizó el fuego de la fusilería.

Nuestros esfuerzos parecían inútiles; las bombas que lanzaban nuestros muchachos, algunas veces con mecha muy larga, daba tiempo a que los "juanes" nos las devolvieran explotando en nuestras filas; en otras ocasiones las mechas eran demasiado cortas, haciendo explosión en nuestro lado.

La fusilería de los defensores, perfectamente parapetados, hacía blanco certero en nuestros hombres, rechazándolos constantemente y obligándolos a replegarse contra las paredes y parapetarse en los contramarcos de las puertas, y muchas veces, cuando arreciaba el fuego, los hacía retroceder hasta salir de la zona peligrosa.

Nuestras filas eran diezmadas por el enemigo. Había ya muchos muertos e infinidad de heridos que, lanzando ayes de

dolor e imprecaciones de rabia, se arrastraban trabajosamente en dirección de nuestro campamento.

Ninguna de las tres columnas que atacaban había conseguido adelantar un paso, después de cuatro horas de incesante y encarnizada lucha.

Lo único de más notorio que se había hecho, era que unos cuantos hombres de la columna de Eufemio, con éste a la cabeza, habían logrado llegar a ponerse a tiro de saliba con la primera avanzada, poniéndose al habla con los soldados:

—¡Viva Madero, hijos de la tostada!

—¡Viva mi general Zapata, tales por cuales!

—¡Entrenle, pelones, sálganse y no se escondan!

—No sean viles, vengan a pelear como los hombres.

Nuestros hombres, casi a quemarropa, lanzaban bombas sobre las trincheras de los federales, quienes con una tranquilidad de heroísmo espartano, las recogían para devolvérselas precipitadamente, sonriendo burlescamente y llenos de entusiasmo.

—¡Viva Porfirio Díaz! ¡Viva el supremo gobierno!—contestaban los valientes y abnegados “juanes” a las imprecaciones de nuestras chusmas.

Nuestros hombres empezaban a flaquear, y ante lo inútil de nuestros esfuerzos, el cuerno dejó oír su chillona voz dando la señal de “cese el fuego.”

Nuestras tres columnas retrocedieron hasta quedar fuera del alcance de las balas de los defensores.

A este movimiento, los clarines de las fuerzas federales tocaron diana, cuyas notas al llegar a los oídos de Emiliano, que no perdía un solo detalle del combate, hicieron que su rostro de bronce palidiera de coraje.

Yo, que estaba cerca de él, oí que entre dientes masculló una tremenda blasfemia, y parándose de puntas en los estribos de la silla, con voz que traducía la rabia que lo dominaba, gritó:

—Muchachos: ¡hay que vencer o morir! Debemos tomar la plaza. Tenemos que acabar con los pelones que sostienen

una dictadura que nos ha tiranizado por más de treinta años.....

—¡Viva nuestro general Zapata!—interrumpieron a una voz los hombres de Eufemio, que se acercaban en esos momentos y los que estaban con nosotros.

\* \* \*

Ninguna de las tres columnas había sufrido tantas bajas como la de Eufemio, por ser ésta la que más se acercó a los federales. El parte que se recibió de Amador y de “El Tuerco” era que había habido ocho muertos y catorce heridos en la del primero y quince muertos y veintidós heridos en la del segundo. En la columna de Eufemio habían muerto cuarenta y tres y estaban heridos diez y nueve.

A las cuatro de la tarde se reanudó el ataque pero en esta vez se concertó la horadación de las paredes de las casas más cercanas a las trincheras de los federales, para poder así coronar algunas azoteas, parapetarse en los pretilos y hacer fuego de arriba a abajo sobre los “juanes.”

Nuestros hombres, en esta vez, entraron con más brío. Es de notarse el empuje que adquieren nuestros indios cuando ven que a su lado cae un compañero.

Los dinamiteros desempeñaban el papel principal, pues en nuestras provisiones de guerra abundaba la dinamita y cascos de “bombas” (botes vacíos de salmón y ostiones), y que nuestros hombres confeccionaban repletándolos de clavo cortado.

A las cuatro y media nuevamente se había generalizado el fuego, que era nutrido por ambas partes; sin embargo, el estallido constante de las bombas, predominaba al ruido ensordecedor de la fusilería.

Millares de balas cruzaban el espacio en distintas direcciones, cuyo silbido siniestro al pasar cerca de aquellas caras enardecidas de coraje y cuya mirada torva destilaba odio,

hacia que el ánimo de nuestros hombres se levantara más y más, aguijoneándolos el deseo implacable de venganza.

Nuestros dinamiteros van provistos de una honda de ixtle (1), confeccionada por ellos mismos, un morral de la misma materia y procedencia, lleno de bombas con sus mechas, no faltándoles nunca en la boca el cigarro-puro encendido.

Para lanzar una bomba la colocan en la honda, miden con la vista la distancia del lugar a donde quieren que vaya a estallar y cortan la mecha más o menos larga. Después encienden con el puro la mecha, hacen girar la honda cuatro o cinco veces y la sueltan. En muchas ocasiones, los que no están bien prácticos, cortan demasiado la mecha y hace explosión en los momentos en que hacen girar la honda; o la dejan muy larga, dando lugar a que el enemigo pueda apagarla o regresarla.

Uno de los dinamiteros de Morales se acercó tranquilamente a la trinchera de los federales, cortó demasiado la mecha, la encendió, y cuando le estaba imprimiendo el movimiento de rotación para lanzarla, le reventó en la honda, destrozándole horriblemente el brazo derecho. Nuestro hombre sonrió, parecía que Minerva había bajado de su trono para imprimir sus labios, con ardiente ósculo, en aquel brazo destrozado y tranquilamente sacó con la mano izquierda una nueva bomba, llevándosela a la boca para encenderla con su puro; iba a arrojarla simplemente con la mano sobre la trinchera, a la que ya se había acercado más cuando una lluvia de balas le destrozó completamente la cara. Al caer, con la bomba fuertemente agarrada, en un supremo esfuerzo de agonía gritó: ¡Viva Zapata!

\* \* \*

No obstante el brío de nuestros hombres, nada se pudo conseguir en este segundo ataque, que tuvieron que suspen-

(1). Fibra de maguey.

der, porque ya la noche empezaba a colgar su negro crespón que, como enorme mortaja, se extendía trágicamente sobre nuestro campamento.

Después de tres días, Zapata decidió tomar una medida extrema. Convocó a todos los jefes a un consejo, en el que se acordó apelar al incendio y destrucción de todas las casas que más estaban a nuestro alcance, no importaba que perecieran ancianos, mujeres y niños indefensos; la plaza debía tomarse, costara lo que costara.

Se acordó también dar una pequeña tregua a la tropa para que descansara, mientras una brigada de los que estaban al lado de Emiliano, de reserva, levantaba el campo, en que los cadáveres de tres días, empezaban a descomponerse.

Se hacinaron los cuerpos en diversos montones, y después de avanzarlos (1) se les roció con petróleo y se prendió fuego.



(1). Dícese de la acción de despojar a los cadáveres de todo lo servible que llevan, quedándose dueño de esto el que ejecuta la acción. El "avance" es de ordenanza en nuestras filas.

Aquellos cadáveres ya rígidos, al sentirse lamer por las enormes lenguas de fuego producidas por su misma grasa, parecían tomar nuevamente vida, y ora retorciéndose, ora volteándose boca arriba o boca abajo, parecía que intentaban levantarse con los puños crispados y con las caras fatalmente iluminadas con el siniestro fulgor de aquellas llamas humanas.

Emiliano ordenó que se atendiera debidamente a los heridos, aceptando los servicios que vino a ofrecer a nuestro campamento un curandero de Tepalcingo llamado Benito Tajonar, y por cuyo acto tan humanitario recibió más tarde de Emiliano, como justa recompensa, el nombramiento de "teniente coronel médico del ejército libertador del sur."

Al pasar una revista general, se vió que nuestras bajas ascendían a cuatrocientas ochenta, entre muertos y heridos, después de tres días de lucha sin descanso.

Pero no por esto nuestro ejército había menguado; donde sucumbieron cuatrocientos ochenta rebeldes, surgieron dos mil más, que habían llegado de Tetelilla, de Huasulco y otros que habían podido salirse de Jonacatepec durante las noches anteriores. Faltaban armas, pero sobraban hombres llenos de entusiasmo. Tampoco hacían falta los fusiles, porque los hombres que no iban armados con éstos, lo iban con hondas y morrales repletos de bombas. Nuestra legión de dinamiteros era asombrosa.

Otilio y yo, que asistíamos a todas las juntas con nuestro carácter de secretarios, y cuya voz pesaba en el ánimo de Zapata más que la de todos los cabecillas juntos, comprendimos lo inhumano y lo salvaje que sería proceder al incendio de las casas de indefensos vecinos, interpusimos nuestra influencia para hacer desistir a aquellos hombres de determinación tan extrema. Logramos, después de muy acaloradas discusiones sostenidas con Eufemio, que no quería cejar, y con otros que no querían entender que actos de barbarie, lejos de ennoblecer la causa, la desprestigiaban, logramos, digo, que se cambiara el plan, proponiendo que por medio de horadaciones y saltando los tecorrales de las huertas, nuestros hombres llegaran

hasta la plaza principal del pueblo. Este fué, en resumen, el proyecto que quedó aprobado en definitiva.

\* \* \*

Al día siguiente las tres columnas tomaron sus dispositivos de combate y a las seis de la mañana se rompió el fuego, más que con la intención de atacar, con el objeto de llamar la atención de los federales, mientras la mayor parte de nuestros hombres horadaban los muros de las casas destruyendo todo lo que a su paso se oponía, y aunque se había convenido en que no se incendiaría nada, los de Morales empezaron a quemar algunas casas de por la salida del panteón que, afortunadamente, no ardieron en su totalidad. Los ayudantes de órdenes iban y venían del campo de las operaciones al cuartel general, donde estábamos "el general," su estado mayor, cien hombres de escolta y sus dos secretarios. Cada cinco minutos teníamos noticias de cómo marchaba el ataque.

Nuestros hombres no cejaban.

Los federales defendían la plaza con denuedo.

Por fin, a las dos de la tarde uno de los ayudantes nos trajo la nueva de que el temerario Eufemio, con cien de sus hombres más valientes, por medio de horadaciones se había posesionado de las azoteas de la casa del doctor don José M. Carbajal, desde donde estaba haciendo un fuego directo al enemigo. Otro de los ayudantes de órdenes nos trajo la noticia de que "El Tuerto," sin hacer caso a lo convenido, había mandado incendiar algunas casas, con lo cual pronto tendría el paso franco para llegar hasta la plaza, por más que desde la torre le estaban matando mucha gente los federales. También se nos informó que Amador se había adueñado de las trincheras que los federales tenían en el barrio de Veracruz.

Otilio y yo, temerosos de que Morales destruyera completamente por medio del incendio la población, indicamos a